

Crónica de las catastróficas riadas del Turia en València (II)

JOSÉ ÁNGEL NÚÑEZ MORA AEMET EN LA COMUNIDAD VALENCIANA

1. Primeras observaciones meteorológicas en València: riadas en el siglo XIX

El día 1 de julio del año 1790 quedaron anotadas en el Diario de Valencia las primeras observaciones meteorológicas realizadas en la ciudad. Para ello se emplearon instrumentos contruïdos “siguiendo escrupulosamente los principios y mecanismo que adoptó Mr. De Reaumur”, según consta en el apartado “Introducción a las afecciones meteorológicas de todos los días” del citado diario. El primer observador meteorológico conocido de València fue el maestro relojero Francisco Antonio Espinós, tal y como se indicaba en un artículo del Diario de Valencia del 26 de diciembre de 1803. Estas primeras observaciones probablemente se hicieron en el domicilio del observador, en la Plaza de Santa Catalina (Domínguez-Castro y otros, 2014), y no fue hasta 1859 cuando las observaciones se iniciaron en la Universitat, con la incorporación de ésta a la red oficial.

Por tanto, a partir del siglo XIX ya disponemos de datos meteorológicos objetivos que permiten complementar los extraídos de fuentes históricas para ampliar el conocimiento que actualmente tenemos de cómo se gestan las lluvias torrenciales que dan lugar a las riadas del Turia. Con el inicio de la Edad Contemporánea se iniciaron las observaciones meteorológicas en la ciudad, pero hasta 1859 sólo se conservan los datos que se publicaron en la prensa de la época, primero a través del Diario de Valencia, más adelante a través de las anotaciones del Diario Mercantil de Valencia, y a partir de ese año, cuando las observaciones ya se realizan en el observatorio de la Universitat de València, en el edificio histórico de la Nau, los registros quedaron anotados en las hojas y cuadernos de observación cumplimentados por el catedrático encargado de realizarlas.

Hay pocas noticias de riadas del Turia en la primera mitad del siglo XIX, y aunque se produjeron avenidas y crecidas, éstas no tuvieron un carácter catastrófico. Tras el inicio de las observaciones meteorológicas, la riada más importante fue la que se produjo entre el 30 de septiembre y el 1 de octubre de 1870. Como hacía tiempo que no se producía una catástrofe similar en València a causa de una riada, en la prensa de la época se reproducen expresiones del tipo “no se recuerda un temporal de aguas tan terrible como el que ha producido la crecida del Turia”. La riada de 1870 se produjo tras varios días de lluvia y no sólo afectó a la zona baja de la cuenca del Turia, sino que también hay noticias de lluvias torrenciales esos días en Chelva y Benagéber, en el interior de la provincia, donde en esa zona el río arrasó los puentes del Vado de Moya, Domeño y Loriguilla. También en la ribera del Júcar hubo inundaciones en Alzira y Carcaixent, y hay noticias de que el Camp de Morvedre, en la cuenca baja del Palància, también se vio seriamente afectado por las intensas lluvias.

La avenida del Turia de 1870 no sólo se produjo por la típica torrencialidad otoñal, sino también por la gran duración del episodio de lluvias. El día 27 de septiembre de 1870, 3 días antes de pro-

ducirse la avenida, el observador meteorológico de València dejó anotado que “llovió desde las 9 de la mañana en adelante, pero a intervalos”. Lo cierto es que ese día no debió de llover con intensidad en la ciudad ya que sólo se registraron 1.6 l/m². Durante los 3 días siguientes, el 28, 29 y 30 “llovió durante todo el día” el observador recogió en total 224.6 l/m², y anotó que las precipitaciones fueron tempestuosas a partir de las seis de la tarde del día 30, horas antes de la riada que se produciría en la madrugada siguiente.

En los cuatro primeros días de octubre de 1870 prosiguieron las precipitaciones, aunque con menos intensidad que el día 30 de septiembre, pero siguió “lloviendo a intervalos durante todo el día”, y el día 1 de octubre, horas después de la riada, se acumularon 86.2 l/m², y otros 51.1 l/m² durante los tres días siguientes. En total, durante el episodio de ocho días de lluvias que acompañó a la riada del 1 de octubre de 1870, se registraron 363.5 l/m² en el observatorio de la Universitat de València.

Las consecuencias fueron catastróficas, sobre todo en los poblados marítimos, donde para poner a salvo a sus habitantes fue necesario el uso de lanchas (figura 1). En toda la ciudad se hundieron cerca de 300 viviendas y, lo que es peor, seis personas que estaban alojadas en una chabola que fue construida en la desembocadura del río con la madera de una casa de baños que el verano anterior se había hundido, perecieron bajo la impetuosidad de la crecida. Esta es una constante que se seguirá produciendo en las décadas siguientes, gran parte de las víctimas de la riada son personas menesterosas que tenían sus viviendas dentro del cauce del río, así ocurrió también en 1949 y en 1957.

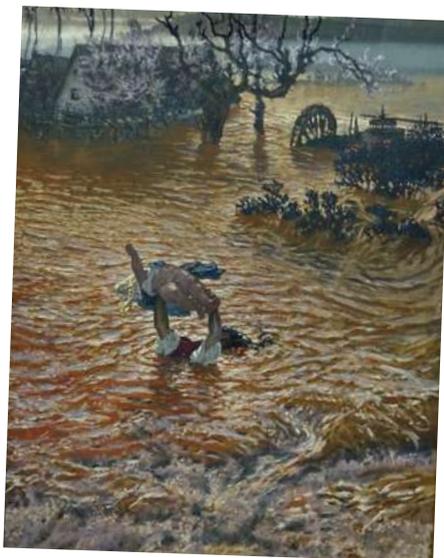


Figura 1: Inundaciones del Turia en la noche del 30 de septiembre de 1870. Imagen de la revista *La Ilustración Española y Americana* del 25 de octubre de 1870, pág. 15. Fuente: Biblioteca Nacional de España

2. La catastrófica riada de 1897

La riada más catastrófica del siglo XIX se produjo casi al final del mismo, en noviembre de 1897. En los dos siglos de registros pluviométricos en la ciudad de València, noviembre de 1897 es, con diferencia, el de mayor precipitación mensual acumulada: 508.9 l/m² en 17 días de lluvia, de los cuales casi la mitad, 251.2 l/m², se registraron en menos de 24 horas el día 12 (la mayoría en la mañana de ese mismo día). Sin embargo, y a pesar de la gran cantidad de precipitación que se acumuló el día 12,

Figura 2: *Amor de madre. Inundación.*
Antonio Muñoz Degrain hacia 1912-1913. Óleo sobre lienzo (204x158 cm). Fondos del museo de Bellas Artes San Pío V



ese día sólo se produjeron inundaciones en distintos barrios de la ciudad a causa de las lluvias *in situ*, pero no se produjo una avenida significativa del río. En noviembre de 1897 se registraron tres avenidas del Turia los días 1, 3, y la del día 10, que resultó la más catastrófica. Por tanto, en noviembre de 1897 se repitió el patrón tan frecuente y varias veces comentado en este artículo de que las riadas del Turia no derivan de las lluvias *in situ* sobre la ciudad, sino que son generadas por lluvias torrenciales en las comarcas montañosas del interior, y eso fue lo que debió de ocurrir en la primera decena de noviembre de 1897, hasta el día 10; y también suele ser frecuente que en medio del caos que provoca una gran avenida como la del día 10 de noviembre de 1897, al final del episodio se produce lluvia torrencial sobre la ciudad, tal y como ocurrió el día 12 de ese mes.

El año 1897 estaba siendo muy seco, y el otoño transcurría con unas características similares, pero a mitad de octubre cambió el tiempo y comenzaron a producirse lluvias ligeras e intermitentes que se prolongaron hasta el final del mes. El día 1 de noviembre se intensificaron las lluvias y sobrevino una primera avenida del Turia que sorprendió a los valencianos de la época que no habían visto nada igual desde el año 1870. El día 3 se produjo una segunda avenida que además vino acompañada de una fuerte tormenta matutina y lluvia torrencial. A mediodía del día 9 “cayó sobre València un turbión tan copioso como pocas veces se ha conocido” (Anuario de Las Provincias para el año 1898) y se registraron 90 l/m² en un breve periodo de tiempo. La tormenta del día 9 fue el anuncio de la gran riada que vendría al día siguiente a partir de las 7 de la mañana y que alcanzaría su pico de máximo caudal en la ciudad a las 11 horas, cuando el agua rebasó los pretilos en varios puntos y produjo numerosas víctimas y cuantiosos daños materiales. En medio de la formidable avenida, el cielo de ese día estuvo casi despejado, y así quedó impreso en el Anuario de Las Provincias para el año 1898: “el sol brillaba con toda su luz en el cielo tan azul, que parecía limpio de toda humedad por las grandes lluvias del día anterior. Algunas nubes sueltas que flotaban en la tranquila atmósfera, resplandecían blanquísimas como copos de algodón en rama. Aquella claridad y aquel esplendor hacían más pavoroso y tremendo el aspecto de la impetuosa avenida. Nuestro tranquilo Turia estaba convertido en un mar embravecido de aguas rojizas, que arrasaban en su seno un sinnúmero de objetos”.

3. Amor de madre (inundación)

Las riadas que se produjeron en la segunda mitad del siglo XIX en las provincias de València, Alicante y Murcia causaron un gran impacto en la sociedad española de la época, e incluso, la catastrófica riada del Segura de octubre de 1879, la riada del “día de Santa Teresa”, desató una oleada de solidaridad internacional. Los terribles efectos de estas avenidas quedaron grabados en el subconsciente de los españoles, sobre todo de valencianos, alicantinos y murcianos, y el temor colectivo a los devastadores efectos de las riadas de las que fueron testigos y que tuvieron am-

plio eco en la prensa nacional e internacional, quedaron también plasmados en obras de arte.

Antonio Muñoz Degrain, fecundo pintor valenciano de finales del XIX y principios del XX, impactado por la trágica riada del Segura de 1879, realizó en 1892 el óleo “Episodio de la inundación de Murcia”, que forma parte de los fondos del Museo Nacional del Prado y que está expuesto en el Museo de Zaragoza, y en el cual se ve en segundo plano un grupo que representa a una madre sosteniendo a su hijo en alto intentando protegerlo de

morir ahogado arrastrado por la riada. Casi como una copia del grupo de personajes secundarios que narra el drama de la riada del Segura de 1879, aparece la misma escena como grupo principal en el óleo “Amor de madre. Inundación” que el mismo autor realizó 20 años después, y que forma parte de los fondos del Museo de Bellas Artes de València.

La obra de Muñoz Degrain tiene un indudable carácter narrativo: la barraca, el paisaje con los naranjos y la noria, describen que la escena está transcurriendo en una huerta valenciana. El color ocre de las aguas cargadas de lodos y el dramatismo de la madre desesperada en medio de la riada, en una posición forzada, casi imposible, para darle mayor impacto emocional a la escena, nos trasladan a una de las furiosas inundaciones de las que se producen en tierras valencianas. Sin embargo, ¿qué riada nos está tratando de describir Muñoz Degrain? Es poco probable que Muñoz Degrain fuese testigo directo de la riada catastrófica más próxima a la ejecución de la obra, la de 1897, aunque no hubiese sido necesario ser testigo directo para quedar profundamente impactado con las noticias publicadas en la prensa; pero, ¿por qué introduce Muñoz Degrain en la obra al grupo de personajes secundarios que ya había pintado en una obra anterior relativa a la riada de Murcia, y también una serie de anacronismos (las naranjas colgando del árbol nos trasladan al invierno; los árboles en flor, al final del invierno o a la primavera; la riada, al otoño) que tomados al pie de letra le restan verosimilitud a la obra?

Es posible que Muñoz Degrain no intentase realizar una obra relativa a una riada concreta sucedida en un lugar determinado de València, ni que intentase describir un fenómeno **meteorológico** concreto, sino lo que pretendió fue plasmar en su obra una visión interior (presente en su subconsciente y en el subconsciente colectivo). Quizás lo que intentó el pintor fue describir una constante del **clima** mediterráneo: una inundación que ocurre con relativa frecuencia en estas tierras, aunque sin una periodicidad determinada. De ser así, junto con el contenido narrativo de la obra, podríamos buscar también en ella un cierto carácter simbólico.

Todas las riadas catastróficas del Turia del siglo XIX, y también las catastróficas riadas del Júcar y Segura de los años 1864 y 1879, ocurrieron en otoño. Es cierto que ha habido alguna crecida de ríos mediterráneos en primavera o al final del invierno, pero sin el carácter torrencial y catastrófico de las riadas que se han producido en otoño (septiembre, octubre o noviembre); por tanto, esa imagen de la vegetación invernal (naranjas colgando de los árboles) o primaveral (almendro en flor), realmente son los

Crónica de las catastróficas riadas del Turia en València (II)

auténticos símbolos del paisaje valenciano: la naturaleza amable y fértil, la que predomina gran parte del tiempo pero que, a veces, es apartada por la furia del agua, furia del agua que será breve, y que dejará paso nuevamente al dulce clima mediterráneo.

La distinción entre realismo y simbolismo en arte tiene su trascendencia, pero para reforzar el mensaje de este artículo, esa distinción es fundamental: ese río seco que estás viendo y que probablemente durante gran parte de tu vida lo has visto seco o con un caudal escaso, algún día llegará crecido, y alguna vez esa crecida será catastrófica. La imagen onírica y perturbadora que quedó plasmada en “Amor de madre”, no forma parte de la realidad inmediata, no forma parte del tiempo, pero sí que forma parte de la realidad de nuestro clima.

Quizás Muñoz Degrain, realizó su obra y la donó al museo de su ciudad natal para recordar a todos los valencianos que no hay que bajar la guardia, y que la ocupación del cauce del río puede tener trágicas consecuencias. Esa ocupación del cauce del río y sus trágicas consecuencias se manifestarían en las dos catastróficas riadas del siglo XX.

4. A la vora del riu, no faces niu: la riada de las chabolas de 1949

Antes de comentar las trágicas riadas del siglo XX, es importante tener en cuenta a modo de resumen lo expuesto en los tres puntos anteriores y en la primera parte del artículo, a saber:

1. Que la ocupación con viviendas del cauce del río, frecuentemente seco, como ocurrió en 1870, tarde o temprano derivará en catástrofe.
2. Que si bien los efectos de las riadas en la época medieval y moderna de la ciudad, aunque terribles, básicamente tenían una difusión local, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, trascendían del ámbito local al nacional e internacional, y era de sobra conocido que, aunque el río esté seco, tarde o temprano llegará la furia de las aguas y, por tanto, en una sociedad políticamente más organizada, las autoridades deberían de ser conscientes de los riesgos que implicaba no prohibir la ocupación del cauce de los ríos.
3. El conocimiento de las trágicas consecuencias de las riadas no era patrimonio de un elitista grupo de intelectuales, sino que estaba presente en el subconsciente colectivo de los habitantes de los pueblos mediterráneos de principios del siglo XX, tal y como seguramente Muñoz Degrain pretendió expresar en su obra “Amor de Madre”.

Con estos precedentes, nos encontramos con que la primera riada catastrófica del Turia llegó avanzado el siglo, en septiembre de 1949, en plena posguerra.

El aprovechamiento del cauce del Turia a su paso por la ciudad de València con diferentes actividades económicas, fundamentalmente la extracción de áridos para la construcción, el pastoreo, y el cultivo de pequeños huertos que eran vallados por sus explotadores, no era un fenómeno nuevo de los duros años de posguerra, sino que ya se estaba produciendo desde hacía décadas. Incluso la construcción de frágiles chabolas en el cauce por aquellos que carecían de recursos para disponer de una vivienda, tampoco resultaba un fenómeno nuevo en los años cuarenta, ya que como hemos visto anteriormente, seis de los fallecidos en

la riada de 1870 vivían en una choza de madera construida en la desembocadura del Turia.

Lo que sí que cambió en la posguerra fue que esos fenómenos de explotación económica del río y de ocupación del mismo con chabolas y barracas se generalizaron. Durante la Guerra Civil la ciudad ya había acogido numerosos migrantes huyendo de las zonas de conflicto (Portugués Mollá & Mateu Bellés, 2012), y los años finales de la década de los cuarenta, y durante los cincuenta, la ciudad también comenzó a experimentar la llegada de migrantes que se trasladaban del campo a la ciudad.

Mientras que en otras ciudades los migrantes se iban estableciendo en sus periferias, en València el único suburbio que podía considerarse eran las cabañas que se habían hecho en el cauce del Turia (Valentín-Gamazo, 1946), seco la mayor parte del año, ya que la periferia de la ciudad era la fértil huerta y el valor de esos terrenos impedía a los migrantes ocuparla como sí se hizo alrededor de otras grandes ciudades.

Aunque la construcción de viviendas dentro del cauce se hacía sin ningún tipo de autorización, el Departamento de Sanidad Municipal llevaba un cierto control de las mismas y de sus habitantes a través unos “cuadernos de seguimiento de chozas levantadas en la ciudad”. Algunas de esas chozas eran realmente frágiles, como quedó anotado en los cuadernos de seguimiento de 1942 del distrito marítimo, en los que se indica que una de esas chozas “es un tubo de una caldera de vapor” en el que vivían tres personas, pero otras eran sólidas construcciones ordenadas en calles que incluso disponían de una parcela de cultivo (La riuà que canvià València, 2007). Según lo manifestado por el delegado de Acción Social del ayuntamiento en la reunión que se celebró en el mismo el día 3 de octubre de 1949 para tomar medidas que paliaran los graves efectos de la riada del 28 de septiembre, deberían de haber “de ocho a diez mil habitantes, en su casi totalidad procedentes de otras regiones”. Según diversas fuentes, dentro del cauce del río podría haber más de 2.000 chabolas, la mayoría situadas entre los distritos del Botànic, Exposició y Marítim.

La degradada situación del cauce del río a su paso por la ciudad no estuvo fuera del debate público en los primeros años de posguerra y hasta la riada de 1949. El ayuntamiento, la Confederación Hidrográfica del Júcar, la Dirección General de Obras Hidráulicas y otros actores implicados, estuvieron debatiendo durante toda la década acerca de cómo adecuar y embellecer el cauce del Turia a su paso por València, pero las acciones fueron escasas. Las autoridades estaban preocupadas por la lamentable situación del cauce y sus pésimas condiciones higiénicas y, aunque indudablemente había preocupación por los catastróficos efectos que podría tener una riada sobre los que ilegalmente estaban ocupando el río, las condiciones insalubres y poco estéticas del mismo aún preocupaban más.

En la terrible década de los cuarenta, década de hambre y escasez de recursos de todo tipo en España, las autoridades no tuvieron capacidad para solucionar el grave problema que se había planteado dentro del cauce del Turia. Algunos de esos responsables incluso opinaban que en ese momento resultaría una acción poco caritativa desalojar a los indigentes que lo ocupaban.

Con esta situación se enfrentaba València a la primera riada catastrófica del siglo XX. El 28 de septiembre de 1949 el cielo estaba cubierto en la ciudad de València y soplabla viento del este

Figura 3: Furia de las aguas del Turia cubriendo las chabolas instaladas en el cauce del río a su paso por València durante la riada de septiembre de 1949. Foto de Luis Vidal Corella perteneciente al archivo familiar



que fue arreciando a lo largo del día. Durante la mañana y la tarde estuvieron cayendo breves chubascos que hasta las 18 horas acumularon 16.5 l/m². Pero en la zona de cabecera de la rambla Escarihuela, afluente del Turia, esa misma tarde debió de producirse una tormenta de intensidad torrencial que fue la que provocó la crecida que llegaría a la capital poco después de las 18:00 horas.

Los valores de precipitación más altos de los que se disponen se registraron en el Camp de Turia y localidades al sur de la Calderona: Lliria, 165.0 l/m²; Benaguasil, 133.0 l/m²; Gilet, 110.0 l/m² y Serra, 100.0 l/m², pero algo más al norte, en la zona de montaña al norte de Lliria y Bétera, la cantidad de precipitación debió de ser notablemente superior, lo que justificaría la violenta riada que llegaría horas después a la zona baja del río.

Hacia las cinco y media de la tarde, los obreros del molino de Manises “vieron acercarse a enorme velocidad una ola gigantesca de más de tres metros de altura” (Las Provincias, 30 de septiembre de 1949, pág. 4) y dieron aviso por teléfono a las autoridades. “A las seis menos cuarto el cauce del Turia presentaba su aspecto normal. A las seis llegaron las primeras llamadas de socorro porque una gigantesca riada bajaba de los pueblos limítrofes en gran avalancha” (Levante, 29 de septiembre de 1949, pág. 1). En medio de la “arrolladora y rápida crecida” (Levante, 29 de septiembre de 1949, pág. 1), la tormenta arreció sobre València, recogándose entre las 18:54 y las 19:10, 24.0 l/m². Pero la parte más intensa de la tormenta que llegó a la costa no descargó sobre la capital, sino algo más al norte, en localidades del litoral de la comarca de l’Horta Nord; en Rafelbunyol, Massamagrell y Museros se registraron más de 100.0 l/m², y muy cerca de la capital, en Almàspera, se acumularon hasta 160.4 l/m².

Durante la noche el cielo siguió cubierto, pero sin lluvia, lo que favoreció que a partir de las 21 horas fuese bajando el nivel de las aguas en los pueblos del oeste del área metropolitana de València, y a partir de las 22.30 horas comenzase a hacerlo en los poblados marítimos. Cuando las aguas volvieron a su cauce, sobre las zonas próximas al río que fueron inundadas, quedó un inmenso manto de barro y lodo. El relativamente rápido descenso del nivel del río confirma que las tormentas de ese día se gestaron por pura inestabilidad termodinámica, con aporte de humedad en capas bajas desde el Mediterráneo, pero sin un máximo de viento que condujese los valores más altos de precipitación hacia las montañas del interior de la provincia, y por tanto sin un gran temporal marítimo, ya que cuando las precipitaciones se gestan con temporal, los barrios marítimos permanecen inundados durante días hasta que el temporal cesa y la altura de las olas disminuye, y en el caso del 28 de septiembre de 1949, el nivel de las aguas bajó a las pocas horas.

La zona más afectada en la provincia de València se localizó en el triángulo comprendido entre la Sierra Calderona, como límite noroccidental, al norte de Lliria y Bétera (que fue una de las localidades más castigadas por el desbordamiento del Barranc del Carraixet), Catarroja, como límite sur, y Massamagrell como límite norte. Oficialmente hubo 41 víctimas mortales, 22 pueblos del nordeste de la provincia gravemente afectados por la riada, más de 2.000 chabolas arrasadas por el ímpetu de las aguas (figura 3), 98 casas totalmente destruidas y 624 que precisaron de urgente reparación.

Ese mismo día hubo otro núcleo de precipitaciones torrenciales independiente del que afectó a València en las proximidades

de la ciudad de Castelló de la Plana, donde se produjeron 10 víctimas mortales; en el observatorio provincial del Institut Ribalta de Castelló se registraron 139.0 l/m².

Tras la riada de 1949 las autoridades reaccionaron de forma contundente. La prensa del día 4 de octubre publicaba que “ha sido resuelto por los organismos competentes que en lo sucesivo no se permita la construcción de viviendas ni el cultivo de parcelas dentro del cauce del río. De esta forma podrán iniciarse las tareas de saneamiento de dicha zona”, incluso el ayuntamiento llegó a prohibir el acceso al cauce.

Pero lo que ocurrió tras la riada de 1949 será abordado en la última parte de este artículo en la que se tratará a fondo la doble avenida de octubre de 1957, la que definitivamente cambiará la estructura urbana de la ciudad de València para protegerla de estos desastres naturales.

Agradecimientos

A David Gimilio Sanz, conservador del Museo de Bellas Artes de València, por toda la explicación y bibliografía referentes al óleo “Amor de madre”, y a Luis Vidal Ayala.

Referencias bibliográficas de esta segunda parte

- Almela i Vives, F. (1957). *Las riadas del Turia (1321-1949)*. València: Ajuntament de València.
- Armengot Serrano, R. (2002). *Las lluvias intensas en la Comunidad Valenciana*. Madrid: Instituto Nacional de Meteorología.
- Formidable avenida del Turia. (1898). *Almanaque de las Provincias para el año 1898*, 273-281.
- García Alcaraz, R. (. (1996). Antonio Muñoz Degrain. Valencia, 1840 - Málaga, 1924. València. *La riada que canvià València*. (2007). València: Adonay.
- Marco Segura, J. (2013). *Estudio de inundabilidad para la adecuación de la revisión del Plan General de Ordenación Urbana de València al PATRICOVA*. València.
- Núñez Mora, J. (2017). *Breve reseña de las observaciones meteorológicas en la ciudad de Valencia (1790-2017)*. Obtenido de Agencia Estatal de Meteorología: <http://hdl.handle.net/20.500.11765/6755>
- Núñez Mora, J. (2018). Crónica de las catastróficas riadas del Turia en València (I). *Tiempo y Clima*, 5(60).
- Pérez Puche, F. (1997). *Hasta aquí llegó la riada*. València: Ajuntament de València.
- Portugués Mollá, I. (2012). Una revisió de les crescudes de 1949 a la Plana del Xúquer-Túria. *Cuadernos de Geografía*, 117-140.
- Portugués Mollá, I., & Mateu Bellés, J. (2012). Río y suburbio: el cauce del Turia en la Valencia de la autarquía (1939-57). *Cuadernos de Geografía*, 141-160.
- Valentín-Gamazo, G. (1946). *Plan de ordenación urbana de la provincia de Valencia*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración.